

LAUS BOLETIN DEL
ORATORIO
DE
ALBACETE

Nº 2

**TIEMPO
PASCUAL**

1958

EL TIEMPO PASCUAL

«Por el bautismo fuimos sepultados con Cristo, muriendo para el pecado, para que así como Cristo resucitó de muerte a vida por la omnipotencia del Padre, así también nosotros en novedad de vida caminemos» (Rom. VI, 4). Cuando el apóstol s. Pablo escribía estas palabras, aun se administraba el bautismo por inmersión, de donde tomó el simbolismo de la sepultura. Al salir de las fuentes bautismales, se ve el alma limpia de toda culpa, porque como el agua purifica el cuerpo, la gracia que ella significa, limpia el alma del pecado y la regenera, comunicándole la vida sobrenatural de hijo de Dios.

El tiempo pascual, está destinado a conmemorar este renacimiento interior, paralelo místico con la resurrección de Cristo, vencedor de la muerte y del pecado, de cuyo triunfo nos hace participantes por nuestro bautismo.

La primera actitud de la Iglesia—que es la familia de los hijos de Dios—, es de alegría y de gratitud. El *Alleluia* se repite incesantemente, en la liturgia, como expresión de este gozo inefable en el Señor, mientras recuerda, con la admiración de los Apóstoles, las palabras del Maestro: «La paz sea con vosotros; soy yo, no temáis» (Lc. XXIV, 36). La paz del perdón de los pecados, de la recobrada amistad con Dios; la paz de la presencia de Cristo en medio de Ella. Por esto el tiempo pascual es una imagen del cielo, o más bien un anticipo, que nos dispone para aquella otra nueva vida, donde definitivamente estaremos con Dios, para siempre.

En los domingos sucesivos, que son como un eco extendido del gran día de la Resurrección, y sin que cese la invitación al gozo, se nos exhorta a mantener viva la fe—«Bienaventurados los que sin haber visto han creído» (Evangelio del próximo Domingo)—, porque aun no hemos llegado a la pascua del cielo. Luego, en el II Domingo,

la figura del Buen Pastor que da la vida por sus ovejas, aviva nuestra gratitud a Jesucristo, que se sacrificó por nosotros.

A pesar del triunfo de que nos hizo participantes, no faltarán penas en la presente vida; pero si somos fieles a Cristo, como prometimos en el bautismo, «nuestra tristeza se convertirá en gozo que nadie podrá arrebatarnos» (III Domingo). No tendremos la presencia sensible de Jesús, pero sí el Espíritu Santo, que nos consolará y hará fecunda la obra de la redención (IV Domingo). Por lo demás, siempre podemos estar en contacto con Dios, que vive en nosotros por la gracia, y al que podemos pedirle todo lo que nos conviene, en la oración hecha en nombre de Cristo, con la seguridad de ser oídos y la plenitud de gozo de saber que nos ama y nos espera, porque hemos creído en su Hijo, Jesucristo, y le hemos amado aquí en la tierra (V Domingo).

Creer, agradecer, confiar y rogar. Es la única fuente de verdadero gozo y la mejor manera de amar a Cristo, que nos ha hecho participar de la vida de Dios por la gracia de sus sacramentos, con los que penetra en el cenáculo de las almas, para encender y aumentar en ellas la vida divina.

LA RESURRECCION

*del libro MEDITATIONS AND DEVOTIONS,
del Cardenal J. H. Newman, C. O., fundador
del Oratorio de Birmingham.*

Yo te adoro, oh Verbo eterno, por la benignidad de tu condescendencia que, al unírte a lo creado, no te redujiste a tomar un espíritu o un alma, sino también un cuerpo material. Y veo como tu cuerpo participa de tu poder, mas no te comunica su debilidad: por esta razón hubo de resucitar, porque, siendo tuyo, no estuvo ni pudo estar nunca separado de ti, ni siquiera en el sepulcro. Ni aun allí podía mancharlo la corrupción: te pertenecía, y todo lo que es tuyo debe ser perfecto para siempre.

Yo adoro tu cuerpo santísimo, instrumento de nuestra redención.

Pongo los ojos de mi fe en él, porque sé que es la prenda segura de mi resurrección. Aunque muera, como ciertamente he de morir, no moriré para siempre, porque también resucitaré: tu Resurrección es anticipo de la mía.

Sin la revelación, la inteligencia humana, jamás hubiera sospechado que lo que experimentamos como tan vil, hasta reducirse a polvo y ceniza, fuese capaz de tan elevado destino, y pudiese llegar a ser celestial e inmortal, sin dejar de ser cuerpo. Se comprende que los sabios según el criterio del mundo, hicieran mofa de tu resurrección. Pero resucitaste como habías anunciado: sé ciertamente y creo con todo mi corazón, que mi carne resucitará y que, por vil y despreciable que sea actualmente, un día, si se hace digna de ello, resurgirá incorruptible, perfecta, hermosa y nimbada de gloria.

Dios mío, enséñame a vivir como el que está convencido de la gran dignidad y santidad de esta forma material, en la que has albergado mi vida. Por esto me acerco con tanta frecuencia y ansias tan encendidas a participar del alimento de tu Cuerpo y de tu Sangre, para que, al contacto inefable de tu misma santidad, pueda yo santificarme.

Yo sé que está escrito que nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo. ¿No veneraré pues este cuerpo mío, que tú alimentas y te dignas habitar sacramentalmente, compartiendo la morada de tu Espíritu?

Purifica mi cuerpo, Señor, que es templo tuyo: *confige timore tuo carnes meas* (Ps. CXVIII, 120), traspásame, hiéreme, con tu amor y temor; crucifica mi espíritu y mi carne, y hazme puro como Tú.

LAUS DEO